

The top portion of the cover features a reproduction of Leonardo da Vinci's Mona Lisa. The background behind her is filled with faint, sepia-toned architectural sketches, including a dome and a mechanical device. The text is centered below the image.

LA NOVELA DE LA RIVALIDAD ENTRE DOS GENIOS

LEONARDO *y* MIGUEL ÁNGEL

STEPHANIE STOREY



Leonardo y Miguel Ángel es la extraordinaria historia de una olvidada rivalidad.

Floencia, año 1501. Miguel Ángel Buonarroti es prácticamente un desconocido cuando regresa a su ciudad natal y consigue el encargo de tallar, a partir de un deforme bloque de mármol, la que se convertirá en la escultura más famosa de todos los tiempos: el David. Pero pasan las semanas, y, bloqueado por la magnitud del trabajo, rendido ante la gigantesca piedra, Miguel Ángel se desespera... hasta que el mármol comienza a hablarle. Entonces da inicio un febril trabajo de cincelaje, siempre bajo la espada de Damocles de la inminente fecha límite de entrega.

Mientras tanto, la vida de Leonardo Da Vinci se desmorona: pierde el ansiado encargo de esculpir el David; parece no poder acabar ningún proyecto; vive obsesionado con sus fallidos intentos por volar; está a punto de morir en combate, sus diseños mecánicos fallan estrepitosamente y se encuentra hechizado por una mujer que ha conocido en el mercado, la esposa de un mercader, cuyo retrato acepta pintar por encargo del marido. Su nombre es Lisa, y se convertirá en su musa.

Leonardo desprecia la juventud y la falta de sofisticación de Miguel Ángel. Y Miguel Ángel detesta y venera al mismo tiempo la genialidad de Leonardo.

Stephanie Storey nos traslada de forma magistral al inicio del siglo XVI, concretamente a Floencia, la ciudad que será el centro mundial de las artes en esos años, y consigue entrar con una sensibilidad extraordinaria en las mentes y las almas de los dos grandes maestros del Renacimiento.

*Para mi marido, Mike,
que me dio el coraje para perseguir mis sueños*



1499
Milán



DICIEMBRE

Desde cerca se podía ver que el mural ya estaba empezando a descascarillarse. La pintura no se mostraba uniforme, como debiera, sino granulosa, como si hubiera sido aplicada sobre una fina capa de arena. El pigmento no tardaría en desprenderse de la escayola y en desmigajarse en pequeñas partículas que acabarían por desaparecer una a una. Los tonos terrosos, conseguidos a partir de barro y arcilla, serían los primeros en caer. Era probable que el bermellón, ese rojo herrumbroso hecho de sangre y granada, aguantase el que más; tenía cualidades que lo hacían más resistente. Pero el que más le preocupaba era el tono ultramarino, formado a partir del valioso polvo de lapislázuli. Aquel azul luminoso llegaba desde una tierra lejana, al este, y era el color más costoso del mercado. Utilizando un toque de ultramarino, cualquier pintor podía elevar su trabajo desde la mediocridad hasta la categoría de obra maestra, aunque utilizarlo para frescos no era común. Sin ultramarino, ese mismo trabajo se despreciaba por insignificante o, peor aún, por convencional. Y ya se estaba resquebrajando.

—Maldita Vaca... —maldijo por lo bajo.

El deterioro era culpa suya. Había llevado sus experimentos demasiado lejos. Siempre acababa yendo demasiado lejos. La mitad izquierda de su cara se crispó. Respiró profundamente. Su expresión se suavizó hasta convertirse en una de calma. No había razón para alterarse. Por ahora, pensó para sí, aquella seguía siendo una obra maestra, y él seguía siendo el maestro. Dio media vuelta para seguir entreteniendo a su público con historietas y secretos. Eso era,

al fin y al cabo, a lo que habían venido: a escuchar al gran Leonardo de Vinci hablar sobre su última creación, *La última cena*.

—¡Uno de vosotros me traicionará! —rugió Leonardo. Su voz retumbó en las piedras del refectorio abovedado de la iglesia de Santa Maria delle Grazie, donde su fresco ocupaba el muro norte.

El tumulto de viajeros franceses quedó encantado con aquel estallido dramático. Sabía que para muchos de ellos él constituía toda una curiosidad. A sus cuarenta y ocho años, el maestro de Vinci era uno de los hombres más famosos de la península Itálica; su nombre recorría Francia, España, Inglaterra y las lejanas tierras de Turquía. Era conocido por sus ingeniosos diseños de máquinas de guerra y sus revolucionarias innovaciones en la pintura. Los viajeros llegaban de todo el mundo para verle junto a su famoso fresco, conocido por su exquisito colorido, aún aferrado al yeso por el momento, y por los trece vivos retratos de Jesús y sus discípulos, por su composición ondulante y equilibrada por un Cristo central, firme.

—Este es el instante siguiente a la acusación de Cristo —dijo al tiempo que se apartaba del fresco con la esperanza de que los visitantes desviarían la atención de la deteriorada pintura—. En este momento del relato, nadie sabe aún que será Judas quien traicione a Jesús. La revelación de que hay un impostor entre ellos es impactante. Los discípulos saltan, hacen aspavientos y gritan alarmados. Uno de ellos es un traidor. ¿Pero quién?

Observó a los viajeros como si buscara entre ellos a una serpiente. En realidad estaba estudiando sus caras: buscaba rasgos singulares y expresiones que pudiera garabatear en su cartera de dibujo cuando se hubieran ido.

—He oído que utilizaste tu propio rostro para representar el Tomás dubitativo —observó una voluptuosa muchacha francesa en italiano con un fuerte acento—. Pero no veo la... *ressemblance*. —Los labios de la chica se arruga-

ron al pasar al francés, como si se estuvieran preparando para dar un beso.

Leonardo sabía que tanto las mujeres como los hombres le encontraban atractivo. Aunque solía llevar anteojos para aliviar de los estragos de la edad en su vista, cuando se miraba al espejo comprobaba que sus ojos dorados seguían brillando con vigor juvenil. Era un hombre delgado y musculoso, y en la cabeza lucía una cabellera bien poblada, de pelo ondulado, castaño oscuro, que ya empezaba a adoptar tonos plateados. Si las masas iban a estar observándole boquiabiertas como si fuese algún tipo de criatura mitológica, pensaba, tenía la responsabilidad de lucir una buena apariencia, así que se bañaba a diario y vestía ropas a la última moda como imagen de su éxito: túnica a la altura de las rodillas, medias color pastel y un anillo de oro con gemas multicolor en forma de pájaro, más valioso de lo que muchos artistas ganaban en una vida.

Deslizó la mirada hacia los pechos de la muchacha francesa, sonrosados, alzados y encorsetados como marcaba la moda. A veces, cuando un viajero llamaba su atención, se llevaba al chico o a la chica a su estudio para dibujar un boceto, y, a veces, ellos se mostraban tan emocionados de conocer al maestro que también se metían con él en el lecho.

—Eso es porque no hay *ressemblance* —repuso imitando el acento francés—. Si tomase mi propia imagen como modelo, no haría más que dibujar variaciones de mí mismo una y otra vez y nunca llegaría a esbozar un rostro único. Y eso desembocaría en obras aburridas.

El grupo rio, y también la rolliza muchacha francesa.

Los patronos solían decirle a Leonardo que cuando hablaba era difícil saber si lo hacía en serio o en broma, así que decidió inyectarle a su voz un poco más de gravedad.

—Digo la verdad.

Salvo por un detalle.

Bajó la mirada y contempló el pájaro hecho de joyas que brillaba en el dedo anular de su mano izquierda, su mano buena.

Los italianos temerosos de Dios consideraban a los zurdos una aberración. El derecho era el lado divino. El izquierdo llevaba al pecado. La mayoría de los niños zurdos eran obligados a utilizar la diestra para que se mantuviesen en el recto camino. El padre de Leonardo lo era de doce hijos legítimos concebidos con una legítima esposa, y todos era diestros. Pero en Leonardo, su hijo bastardo, el resultado de un desliz de juventud con una esclava doméstica de baja estofa, de Constantinopla, el lado siniestro había resultado ser aceptable.

En *La última cena*, hay dos sillas a la derecha de Jesús, y un hombre sombrío ataviado con una túnica verde alargaba la mano para coger un trozo de pan con la izquierda. Judas también era zurdo.

—Imagina que formas parte de una gran familia —empezó a decir Leonardo, no ya dirigiéndose a la muchacha francesa, sino a su pintura—, que eres uno de los doce hermanos reunidos en torno a una mesa, celebrando algo. Tu padre está en el centro, intentando mantener el orden y la compostura. Imagina... —Los ruidos y los olores de la estancia parecieron desvanecerse mientras meditaba sobre la zurda de Judas—. Pero, al igual que en cualquier familia, bajo la superficie, hay secretos. En medio de esta escandalosa familia hay un hombre que no es de los nuestros. Está entre nosotros, pero es difícil saber quién es.

En otras representaciones de *La última cena* era sencillo identificar a Judas: solía estar sentado en el lado opuesto de la mesa, frente a los otros. Pero en la versión de Leonardo el traidor estaba en medio del grupo, era sencillamente otro de los discípulos, oculto debido a su inclusión, identificable tan solo por la bolsa de monedas que agarraba con una mano.

—En el instante que sigue a la acusación de Jesús, todos están sobrecogidos, se preguntan quién es el traidor. ¿Es él? ¿O es él? ¿O aquel de allá? O, la más terrible de las preguntas: ¿podría ser yo? Cuando ninguno de nosotros ha sido identificado todavía como el traidor, todos lo somos. Todos podemos ser ese otro ilegítimo. Todos podríamos ser Judas.

Los espectadores se inclinaron para examinar cada una de las caras. Leonardo gruñó por dentro. Su intención había sido desviar la atención de la pintura deteriorada, no hacer que se acercaran a escrutarla con más detenimiento.

De pronto la puerta del refectorio se abrió de un golpe y un joven y atractivo veinteañero irrumpió en la estancia. El rostro suave de Gian Giacomo Caprotti da Oreno lucía un gesto de pánico. Tenía el cabello revuelto.

—¡Viene el Moro!

Se hizo el silencio entre los visitantes. Intercambiaron miradas como si intentaran discernir si aquello era una alarma genuina o si era un ardid diseñado para entretenerlos. Miraron a Leonardo buscando una señal.

—Si se trata de una inocentada, Salaì, estás siendo muy cruel con esta pobre gente.

Llamaba a su asistente «Salaì», que significaba «pequeño demonio», por su tendencia a hacer bromas desde... ¿cuánto hacía? ¿Diez años ya?

—No es ninguna inocentada, maestro. Lo juro. El Moro vuelve. Con un ejército. —Aunque propenso a crear enredos, el joven no era buen actor. Estaba diciendo la verdad.

Dos damas chillaron. La voluptuosa joven francesa se apretó una mano contra el vientre. Los maridos empezaron a ordenar a sus familias que huyeran. Si el Moro volvía a Milán, las vidas de todos ellos estaban en peligro.

En especial la de Leonardo da Vinci.

La familia Sforza había gobernado Lombardía durante cincuenta años, hasta hacía dos meses, momento en que las tropas francesas invadieron la capital y expulsaron a la

familia de la ciudad. El duque, Ludovico Sforza, conocido con el sobrenombre de «el Moro» por su tez oscura, había escapado indemne, pero después de sufrir una humillante derrota. Si Salai tenía razón acerca del retorno del líder destituido, el duque Sforza recurriría a un despiadado asalto. Todo francés que se encontrara en Milán correría peligro.

Incluido Leonardo. Durante los últimos dieciocho años había vivido y trabajado en Milán, sirviendo en la corte milanese, pero cuando el duque huyó, Leonardo no siguió sus pasos, como se esperaba de un leal súbdito. En vez de eso, permaneció en sus cómodas habitaciones del castillo de los Sforza y le ofreció sus servicios al rey francés. Si el duque volvía a hacerse con el poder, era probable que Leonardo fuese arrestado por traición. Y todo el mundo sabía lo que los Sforza hacían con los traidores.

—Debemos ir a ver al rey. Él nos llevará consigo a Francia o a Nápoles, o adonde quiera que se dirija.

Salai se turbó.

—El rey ya se ha ido. Se ha llevado a la corte con él. Nos ha dejado atrás.

El ojo izquierdo de Leonardo hizo un guiño involuntario. Necesitaba tiempo para pensar, así que sacó la pequeña cartera que le colgaba del cinturón, se sentó en el suelo delante del fresco y empezó a hacer esbozos de las caras de pánico de los viajeros franceses. A base de trazos rápidos, reprodujo bastas impresiones: los ojos abiertos al máximo, los aspavientos, lo que fuera que sugiriese miedo. La única manera de entender de verdad las emociones humanas era mediante el estudio de sus efectos físicos, y tener la oportunidad de presenciar aquel tipo de reacción en crudo era poco común. Deseó poder atrapar el crujir de las ropas, los gritos ahogados, los jadeos. Si hubiera podido dibujar el sabor del terror, lo habría hecho.

—Maestro, por favor, ahora no... —Salai intentó retirarle la cartera de dibujo de las manos con delicadeza, pero Leo-

nardo no la soltaba—. Nos han abandonado. Debemos irnos de Milán.

—Debemos pensar antes de hacer nada apresurado.

Debía bosquejar a aquella rolliza muchacha francesa tal y como la estaba viendo en ese momento: la cabeza hacia atrás, la boca abierta mientras gemía, el pecho agitado y sonrosado... El miedo se parecía bastante al éxtasis. Hizo una anotación a modo de recordatorio para estudiar lo que implicaba tan incongruente similitud. Cuando la chica salió corriendo de la estancia, lamentó haber perdido la ocasión de satisfacer sus deseos con ella.

El último francés abandonó el refectorio. La pesada puerta se cerró, amortiguando la cacofonía del pánico en las calles.

Salaì agarró a Leonardo del codo.

—No tenemos tiempo para pensar.

—Siempre hay tiempo para pensar, mi joven aprendiz.

—Leonardo apartó su cartera de dibujo con calma.

Tener tiempo para pensar era lo que, en un principio, le había llevado a probar esa técnica experimental con aquel fresco que ahora se estaba echando a perder. En un fresco convencional el artista untaba la pared con una buena capa de cal y pintaba sobre la escayola húmeda para que la obra pasase a ser parte permanente del edificio. Pero la durabilidad tenía un precio. Uno tenía que acabar la pintura de una zona antes de que la escayola se secara. Requería un trabajo continuo, rápido..., pero lo rápido y lo continuo no formaban parte del estilo de Leonardo. Le gustaba tomarse su tiempo, contemplar cada detalle. Podía empezar un proyecto, detenerlo y luego volver a empezar. Es más, muchos de sus colores favoritos, como el ultramarino, estaban hechos de minerales que no se mezclaban bien con la cal. Por eso había desarrollado una técnica que se ajustara a su estilo, aplicando una ténpera a base de huevo sobre una pared seca cubierta con una imprimación. Mediante ese método, Leonardo podía emplear sus pigmentos minerales fa-

voritos: ultramarino, bermellón, incluso el brillante azul verdoso de la azurita. Pero lo más importante era que, al evitar el yeso húmedo, podía tomarse su tiempo, hacer cambios cuando se le ocurría una idea mejor días, semanas, meses, incluso años más tarde. En una ocasión, mientras pintaba aquel mismo fresco, estuvo dándole vueltas durante tres días a una única pincelada antes de aplicar un toque de ocre oscuro a la mano derecha de Jesús.

Salaì tiró de Leonardo para que se pusiera en pie.

—Ya he hecho un petate con tus carteras de dibujo y los esbozos sueltos. —Dio una palmada a un pesado morral que le colgaba del torso—. Tendremos que dejar el resto aquí.

Leonardo volvió a mirar *La última cena*. La pintura se estaba deteriorando, de eso no había duda. No sería capaz de salvar la obra de la decrepitud.

—No pasa nada, Salaì —le dijo a su asistente tanto como a sí mismo—. Los que pretenden aferrarse a sus posesiones para siempre están confundidos. Los artistas sabemos desprendernos de nuestras cosas. Después de todo, nuestro trabajo no nos pertenece, pertenece a nuestros patrones. Además, una pintura nunca se acaba, tan solo se abandona.

Cuando salieron, el ruido de los cañones retumbaba en la distancia. En la calle había caos. Caballos al galope llevaban soldados a las afueras de la ciudad. Cortesanos franceses y ciudadanos cargaban carretas frenéticamente. Un viento invernal, tormentoso, levantaba nubes de polvo y envolvía la ciudad en una bruma marrón. Milán, la exquisita capital del norte, se había sumergido en la anarquía. En medio de aquel pandemónium, se encontraba un soldado francés, solitario, tranquilo, en la plaza, mirando fijamente a los ojos de una gigantesca estatua de arcilla, un caballo cuya altura superaba la de cinco hombres que estuvieran subidos los unos sobre los hombros de los otros.

Aquel caballo de arcilla, un monumento al finado padre del Moro, había sido diseñado por Leonardo como modelo de prueba para la que hubiera sido la estatua ecuestre de bronce más grande de la historia. Los poetas componían versos sobre la gloriosa bestia, y los viajeros viajaban desde muy lejos para admirar el modelo y hacían planes para volver cuando la estatua de bronce estuviera acabada. Pero Leonardo ni siquiera había llegado a completar el molde para la escultura y, con el tiempo, el Moro había fundido el bronce destinado a la estatua para fabricar bolas de cañón para la guerra. Cuando los franceses invadieron Milán, habían utilizado el caballo de arcilla para hacer prácticas de tiro, dispararle flechas en llamas y golpearlo con palos. Los soldados le arrancaron la oreja, parte de la nariz y un buen trozo de las ancas traseras. De haber estado vivo, el caballo hubiera muerto en los primeros instantes. Sin embargo, y aun plagado de agujeros, el modelo de arcilla seguía en pie.

—Maestro, vamos. ¡Tenemos que irnos! —Al otro lado de la calle, Salaì ensillaba dos caballos.

Leonardo no se movió. No podía apartar los ojos del soldado francés que parecía conversar en silencio con el inmenso caballo. Leonardo esperaba que el monumento le estuviera llenando al joven de una sensación de paz y sentido en ese momento de agitación. El soldado se llevó la mano al cinturón y, lentamente, desenvainó una larga espada. Leonardo imaginó al bisoño guerrero colocando el arma a los pies de la estatua, como si se rindiese ante la belleza de su arte. En su lugar, el soldado blandió la espada y gritó:

—¡Muerte a los Sforza!

La espada impactó contra la pata delantera derecha del caballo y se oyó un eco metálico. La pata se hizo añicos. El caballo se mantuvo firme un momento, luego se inclinó hacia delante y se estrelló contra el suelo.

—¡No! —gritó Leonardo.

Había tardado cuatro años en diseñar aquel caballo. Muchas noches había fantaseado con llegar por fin a levantar la estatua en bronce reluciente.

En ese momento de su carrera su éxito era incontestable, pero muchos de sus contemporáneos ya estaban muertos. ¿Qué dejaría atrás cuando él, también, desapareciese? No tenía hijos que pudieran perpetuar su nombre en el futuro. La mitad de sus obras estaban inacabadas. La otra mitad, incluidos los retratos de las amantes del Moro, colgaba en habitaciones privadas, y era probable que jamás llegara a estar expuesta al gran público. Tenía un montón de invenciones que nunca se habían materializado y una pila de carteras de dibujo repletas de inútiles desvaríos. Ahora *La última cena* se estaba desprendiendo de la pared y el modelo para la obra maestra ecuestre yacía hecho pedazos. Dentro de unos años ¿recordaría alguien a Leonardo, el pintor, inventor e ingeniero de la insignificante ciudad de Vinci?

—¡Leonardo! —le llamó Salaì, ya a lomos de su caballo.

Apartó la mirada de su caballo de arcilla y cruzó la caótica calle. Cuando se mudó a Milán tenía treinta años, y justo estaba empezando a labrarse un nombre como ingeniero, científico, inventor, organizador de espectaculares eventos sociales y, por supuesto, pintor. En Milán se había convertido en gran maestro. Siempre creyó que moriría en aquella gran ciudad. Montó en su caballo y asintió hacia Salaì. Juntos galoparon y abandonaron las protectoras murallas de Milán para adentrarse en la naturaleza circundante. Nadie sabía lo que el futuro le depararía a la ciudad, o a aquella península asolada por la guerra donde reyes, duques y papas pugnaban por el territorio. Nadie sabía lo que el futuro le deparaba a Leonardo. Solo había una certeza: el maestro de Vinci necesitaba encontrar un nuevo hogar, un nuevo patrono, una nueva vida, un nuevo legado.

✱
1500
✱